



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVIII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 14051

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la PENÍNSULA: Un mes, 1'50 ptas.—Tres meses, 4'50 id.—EXTRANJERO: Tres meses, 10 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 15 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24

MARTES 3 DE NOVIEMBRE DE 1908

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Correspondientes en París: Mr. A. Lorelle, 14, rue Rougemont; Mr. J. Jones, 31, Faubourg-Montmartre.

Higiene Pública

Viviendas insalubres.

A las puertas mismas de esta populosa Cartagena, que en punto á higiene y puros refinamientos, tiene á veces rasgos de muger coqueta, tocando casi las primeras casas de la población y enclavados entre los barrios de Dolores y Barreros, se alzan unas eminencias del terreno que no llegan ni siquiera á la categoría de cerros y que pueden ser en lo futuro, amenaza de nuestra salud y foco permanente de todas las infecciones.

En cuevas labradas en la roca viva unas por la mano del hombre, otras por la de la misma Naturaleza viven—mejor dicho se hacían—unos cuantos centenares de individuos que mezclados en promiscuidad repugnante, comparten su miserable albergue con perros, gallinas, conejos y hasta cerdos, constituyendo todos juntos un aduar mahometano, como exótica planta que por misterios inexcusables de la Naturaleza crece y se desarrolla en el corazón de una ciudad europea.

Hay que visitar estos «silos» para formarse idea exacta de lo que puede la miseria y el abandono cuando se apodera de un grupo más ó menos numerosos de individuos.

Viviendas en las cuales no penetra la luz ni el aire—elementos indispensables para la vida,—con pavimento impermeable que hace se verifique rápidamente la evaporación del agua; estancándose en las desigualdades naturales del terreno todas las inmundicias que en él se vierten, son campo abonado para que tome en ellas carta de naturaleza cualquier epidemia, puerta de par en par abierta para que por ella se introduzca en nuestra población.

Hoy que vivimos en pleno período de actividad higiénica, hoy que alcaldes é inspectores se preocupan de sanear todo lo sanable, evitando en lo posible que por descuido ó negligencia seamos víctimas pacientes de las infecciones morbosas, se hace preciso, indispensable, que esas viviendas cuevas, verdaderos tugurios, desaparezcan, aunque haya necesidad de habilitar locales apropiados para que en ellos se alberguen, aunque solo sea con el carácter de interinidad, todos los habitantes de tales miserables guaridas.

Por moral social, para evitar la promiscuidad de sexos y por higiene pública, llamamos la atención del señor Alcalde sobre este asunto, para que en unión de la Junta de Sanidad y los inspectores municipales, se ocupen activamente de que cese el espectáculo que denunciamos y entre las piqueta demoledora en aquellos cerros destruyendo, lo que solo de esta forma puede higienizarse.

Notas Alegres

El sombrero de copa

¿Desaparece? ¿Se transforma?

—¿Qué antipático é incómodo es el sombrero de copa! Me fastidia tener que ponermele.

—¿Cuántas veces hemos oído esas frases, proferidas por algunos desdicha-

dos que durante la época de los calores se han visto en la necesidad de encasquetarse la chistera, para asistir á cualquiera de esos actos en que es de rigor el traje de etiqueta.

Y lo gracioso es que maldecimos el reluciente «tubo», y sin embargo, pensamos en él todos los días, sintiendo un escalofrío de temor cuando se habla seriamente de suprimirlo. El sombrero de copa nos inspira algún respeto y lo llevamos á la manera de aquellos individuos que no pueden pasar un instante sin la compañía de personas que detestan.

Sin embargo, la chistera, acaso por el excesivo uso que se ha hecho de ella, atraviesa actualmente una crisis que pone en peligro su vida y que le ha hecho retroceder á los tiempos en que sólo era usada por magistrados y jueces y por alguno que otro sacerdote cuando vestía de seglar.

Contra ese desuso del «tubo», formulan, llenos de indignación y temerosos, enérgicas protestas los sombreros londinenses, decididos defensores del sombrero amenazado, «porque dá un aire de dignidad al que lo lleva y realza el prestigio de la nación», según ellos afirman.

Sus colegas, los sombreros parisienes, no han tomado la cosa tan á pecho y manifiestan una tranquilidad infinitamente más apacible ante los detractores del sombrero de copa y su desuso.

«¿El fin del tubo?—ha dicho socarronamente un sombrero parisién—¿Quién habla de eso? Si, todo el mundo; como si dijéramos, nadie. ¿Cómo quieren que se abandone ese adorno de cabeza, que se adapta perfectamente por su severidad, con la levita y el frac? El «tubo» es correcto, elegante y discreto. Yo diría también que es cómodo...»

Si, perfectamente cómodo. Todo consiste en saber usarlo. Hé aquí la dificultad. Por la manera de moverse un hombre, con el sombrero de copa, se adivina inmediatamente—si uno es observador—la clase de persona que se tiene delante.

«¿Se quiere abolir la moda del sombrero de copa?—dijo otro sombrero—Es posible; pero esto les tiene sin cuidado á sus fabricantes y á sus vendedores. Si no se venden sombreros de felpa, se venderá otra cosa. La moda no tendrá el mal gusto de querer que las gentes vayan con la cabeza descubierta. Siempre habrá un sombrero de vestir, sea que se adopte el «petit mou» ó que triunfe el «tromblou» de nuestros padres: esto sólo interesa á los hombres prudentes que hayan de resolver el asunto. Desde luego no es de esperar una mudanza tan rápida como algunos suponen.

«El sombrero de copa se transformará, sin duda, pero no desaparecerá repentinamente. La moda procede gradualmente, por reformas sucesivas; es evolucionista, nunca revolucionaria.

En resumen, que la muerte del sombrero de copa—según la opinión de los sombreros parisienes—no parece inminente, pese á los que como la gran artista Sara Bernhardt, ven con horror su uso.

—Quiere ver el último sombrero de copa que se use el exhalar mi último suspiro, para morir satisfecha—ha dicho la genial trágica con un humorismo muy parisién.

En cambio su colega el almirante Le Bargy, hizo el elogio de la discutida chistera en esta forma: «No concibo á un «gentleman» que no se ennoblezca con un sombrero de reflejos puros é intensos.

POLIUTO

La aviación

El dirigible Zeppelin ha realizado nuevas experiencias.

Sin previo aviso, sin hacer ajardes de publicidad, como otras veces, el conde de Zeppelin elevó en su dirigible sobre el lago Constanza, realizando evoluciones de seguridad perfecta.

Luego, como si éstas no hubiesen sido sino preparativos de un empeño mayor, el conde impulsó su dirigible hacia Constanza.

Al mismo tiempo, expedíanse telegramas á las ciudades situadas en la cuenca de Rhin, anunciando que el dirigible «Zeppelin» se proponía efectuar una gran excursión.

Sólo entonces se enteró de ello el numeroso público que presenciaba en las orillas del lago, las evoluciones del dirigible.

Eran las seis y media de la mañana cuando el dirigible se puso en marcha hacia Constanza, llevando en su primera barquilla al conde de Zeppelin, al barón Basaus, al ingeniero M. Durr á dos oficiales del ejército alemán y tres mecánicos.

En la segunda barquilla iba el conde Fernando de Zeppelin, sobrino del ilustre inventor, y en otra tercera barquilla habíase acomodado el ingeniero M. Stali y dos mecánicos.

El dirigible empezó á marchar con gran seguridad.

Numerosas personas, no obstante lo intempestivo de la hora, presenciaron su salida, despidiéndole con gritos de entusiasmo y augurios de éxito.

A las seis de la tarde el «Zeppelin» descendió cerca de Oppenheim después de haber hecho un largo socorrido.

El descenso fué forzado, pues el conde pensaba ir más lejos, viéndose obligado á interrumpir su marcha por el mal funcionamiento del motor que acciona el aparato.

Sin embargo, á pesar de este incidente, los técnicos alaban las excelentes condiciones del dirigible, que en todo momento ha seguido la marcha que su inventor le ha impuesto, evolucionado con precisión absoluta.

Prodígase elogios al conde de Zeppelin, y se repita como un nuevo triunfo su excursión.

Los recién casados

Desde mi ventana y entre estos riesgos pásome las horas atisbándolos, posido de indiscreta y viva curiosidad disfrutando á su costa al contemplarlos tan enamorados.

Son mucho mis madrugadores que yo. No es extraño; están ellos acostumbrados al campesino vivir y han hecho del sol reloj para despertar ó dormir, mientras yo traigo al campo los resabios de una vida cortesana. Me parece que no me será posible ganarlos á madrugada.

Apenas se filtran por mi ventana las primeras hilachas de la luz, penetrando por las rendijas de los balcones, plateando suavemente la obscuridad de la alcoba, siento ya á mis vecinos que cantan el poema de la juventud y de la vida, vue ven ya del monte, de allá de los pinarés y los prados, fatigados de brincar por los húmedos helechos.

Ella es una monerfa... Fina, airosa, menuda; delicada... se comprende que él esté tan enamorado y que presume tanto con su conquista. No la deja un momento ni á sol ni a sombra é inquieto la acompaña como si temiera perderla. Tiene celos, celos de nada y de todo y ¡hay momentos en los que le molesta hasta el aire.

Yo tengo que hacer verdaderos prodigios para que no me descubran, extremando mis habilidades para acecharlos.

Siempre están ocupados en sus tareas domésticas que sólo suspenden para acañiciarse. Ella es más formal aparentemente y casi siempre es él quien tiene la culpa de todo... Pero es claro, una vez iniciada la distracción é interrumpido el trabajo, tiene que ser complaciente y dócil. Ambos llegan á ponerse verdaderamente tontos y cnicos.

Yo no sabría decir cuál de ellos está más enamorado. Hay momentos en los que creo que es él. Su solicitud, su ardiente amor insaciable y enérgico, el continuo contemplarla, buscando su agrado, me lo hacen creer así... Más otras veces al verla inquieta, tímida y temblorosa, vencer su propia condición para emular ley abrumarle con sus mimos, acabo por confesar que es ella la que más ama. ¡Y cuidado si es coqueta y zalamera! ¿Quien

la habrá enseñado tanta picardía? A su lado el gran Ovidio sería un mal aprendiz.

No salió nunca de entre estos montes agrios y solitarios, ni vieron sus ojos las grandes ciudades en que el amor es placer vicioso; y sin embargo sabe ser cortésita que embriaga y enerva con sus caricias...

Al atardecer, cuando el sol, ya en su ocaso, amarillea las copas de los árboles y las montañas negruzcas se pintan de azul y añil y sobre los campos flota el melancólico espíritu del crepúsculo, los recién casados se inspiran en el triste abatimiento de la naturaleza; como si presintieran que llegarán días en lo que todo su idilio será sólo un recuerdo, y por eso él, callado, reposa mientras ella, inmóvil ve morir el día.

Y yo, que desde mi ventana veo negrear la copuda seavia en donde los pájaros fabricaron su nido, me entristezco; también observando ese gran libro eterno de que estos jilguerrillos son letras dispersas... acorde fugaz de una inmensa sinfonía de la vida.

LUIS DE ARMIÑAN

MARINA DE RECREO

Como navegan los millonarios

Así como se ha generalizado viajar en automóvil, los grandes personajes, para evitarle las molestias y las paradas en ferrocarril, del propio modo se empieza á emplear los grandes yates de vapor por los millonarios americanos é ingleses, para cruzar el Atlántico, acompañados de sus familias y amigos, dejando de utilizar los grandes trasatlánticos, no obstante la mayor velocidad que éstos pueden desarrollar.

Pero es un capricho ó una comodidad demasiado cara y que sólo pueden permitirse los reyes del dinero. Hay yate de esos que cuesta cuatro y cinco millones de francos, á lo que es preciso agregar un gasto anual fijo de medio millón.

El número de tripulantes de cualquiera de esos grandes yates para familias, oscila entre cuarenta y sesenta y cinco hombres. Adoptando como término medio sesenta, el presupuesto

Biblioteca de EL ECO CARTAGENA DE 120

—¡Hola, eres tú, David! Pues entra y explícale á Katli lo que significa el ideal.

David al oír estas palabras frunció el entrecejo.

—¿Te quieres burlar de mí? contestó.

—No, te hablo en serio di á Katel por qué echáis de menos las zanahorias y cebollas de Egipto.

—Oy, Kobus—contestó el viejo «r-bb»—aún no he llegado cuando ya empezas á atacarme en las cosas agradables: eso no está bien.

—Tú lo entiendes todo al revés, «posché israel.

Siéntate y puesto que no quiero que te hable de las botellas de Egipto, figúrate que no he dicho nada. Pero si no fuéras judío.

—Vamos, ya voy que quieras que me vaya.

—No, hombre, digo solamente que si no fueras judío te haría probar estos buñuelos y tendrías que confesar que valen mil veces más que el maná que Dios mandaba á vuestro mayores para limpiarlos de la lepra y otras enfermedades que habiau atronado entre los infernos.

—¡Me voy porque esto ya no se puede soportar!

Katel salió, y Kobus detenido al rabino por una manga continuó:

—¡Ven, hambre, y siéntate! Es que, tengo un verdadero disgusto.

EL AMIGO FRITZ

11

—¡Hola, Katel, y los buñuelos!

—Son delicadísimo, señor, tenía usted mucha razón.

—¿Has dado con el verdadero punto?

—He seguido lo que dice la receta, y es imposible que saigan mal.

—Puesto que han salido bien, para que tod vaya en armonía, voy á bajar á la bodega para sacar una botella de Forstheimer.

Saja ya con su manito de llaves en la mano cuando de repente le asaltó una idea, y preguntó:

—¿Y la receta?

—La tengo en el bolsillo, señor.

—Pues no la pierdas. ¡Dámela, que la guardo en el pupitre; de este modo, cuando la necesitemos, ya sabemos donde está.

Y desplegado el papel se puso á leer.

—¿Qué honitamente escribiste? ¡Una letra redondilla que parece pintada! ¿Sabes que esa Suz es una putenta?

—Si, señor, es graciosísima. Si la oyes en la cocina cuando viene, siempre tiene alguna ocurrencia para hacer que reír.

—¡Vaya! ¡vaya! Y yo que me la imaginaba triste.

—Si triste... ¡tristecollis es la niña!

—¿Y qué dice? preguntó Kobus á quien se